

“Muy entrada la noche visité aquella manzana, y convencido de que el enemigo no la asaltaría, sino que procuraría su destrucción, por medio de sus cañones, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros, ordené al C. coronel Auza la abandonara, después de incendiarla, para que no aprovechara el mismo enemigo los escombros en que estaba convertida, y que á continuación se replegara á la manzana inmediata, que es la de Santa Inés, y que forma parte de la línea fuerte que establecí para la defensa de la ciudad después de la pérdida de San Javier. También le ordené en la misma noche al C. general Berriozábal, que incendiara las manzanas que habían ocupado en la tarde las fuerzas francesas, cuya orden fué cumplida en el acto, sin que pudieran impedirlo los fuegos del enemigo.

“Le previne igualmente al mismo general, que conservara esa noche, y el día y noche de ayer, la manzana que se halla al frente del Hospicio y que le nombran de los Cuarteles, la que se encuentra á la espalda de ésta, y que forma uno de los costados de la plazuela de San Agustín, y la situada entre la misma plazuela y el ex-convento referido, y que si no eran atacadas durante ese tiempo, las abandonara después de haber incendiado los escombros á que también se hallaban reducidas, replegando á San Agustín las fuerzas que ocupaban aquellas, cuya orden quedó cumplida en la madrugada de hoy. Los fuegos han continuado ayer y hoy sin dar resultado favorable, ni á nosotros ni al enemigo. Forey estuvo ayer en el Molino para inspeccionar todo el Sur de la ciudad—Está aglomerando piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra en el Pópulo para atacar simultáneamente al Cármen, Santa Inés y San Agustín.

“El mismo Forey cree que la plaza se rendirá dentro de diez ó doce días por falta de víveres.

“Han ido nuevos trenes para Orizaba para conducir al campo enemigo más proyectiles y víveres.

“Sirvase vd. decirle al señor Ministro de la Guerra, que me propongo darle un parte general de todo lo ocurrido en Puebla, y que por ahora me limito á escribirle cartas particulares y por conducto de vd.

“Todos nuestros generales han trabajado sin descanso, cumpliendo de una manera satisfactoria con su deber.

“Estoy muy cansado y desvelado, y además me duele mucho la cabeza; por lo mismo me reservo algunas otras cosas más que quería decirle, para hacerlo mañana.

“Una felicitación muy sincera y patriótica, en nombre del Cuerpo de ejército de Oriente, á los señores generales Rosas Landa y Echeagaray, recibéndola vd. de nuevo en nombre del mismo, por la jornada del día 14.—*Ortega.*”

En la noche del 18 al 19 entraron á la plaza, por orden del general Rivera y acuerdo expreso del general Comonfort, algunos bultos pequeños con harina, y que contenían todos ellos el peso de noventa arrobas, pues aunque era mucho mayor la cantidad que se trataba de introducir en hombros de algunos indígenas, un incidente desgraciado impidió que se realizara aquel proyecto.

El citado general Rivera no me dió aviso de la hora en que debía hacer la introducción y lugares por donde intentaba verificarla, sin duda por temor de que el pliego que contuviera el aviso, fuera interceptado en la línea enemiga. Ignorando yo las disposiciones que respecto de esto iba á poner en práctica aquel general, hice salir de la plaza la noche referida, al 4° escuadrón de Zacatecas, cuyo Cuerpo tuvo un encuentro con las fuerzas del general Rivera y con los conductores de harina, desgraciadamente en un punto inmediato á la línea francesa. Este es el incidente á que aludo en el párrafo anterior.

La pérdida honrosa de las manzanas que ocupaba Sánchez Roman, comprendidas en la línea defendida por los generales Berriozábal y Díaz, me ocasionó nuevas y fuertes dificultades; si bien aquella pérdida era muy insignificante, pues las referidas manzanas formaban parte de los puntos avanzados de nuestra línea, se hallaban débiles y debían por lo mismo defenderse de un modo transitorio y provisional, y si me propuse que se perdieran después de un asalto, fué por el honor que les dispensaba el enemigo, construyendo una obra formal para atacarlas.

En uno de los días 21 ó 22 se presentaron en palacio, sin previa

citacion de mi parte, los señores generales Berriozábal, Negrete, Antillon y la Llave: se hallaban tambien en la oficina del Cuartel-Maestre, en cuyo punto se reunieron todos, los generales Mendoza, Paz, Mejía y Díaz. El último de estos señores sólo visitaba el cuartel general, cuando algun negocio de mucha importancia, relativo á la línea que defendía, lo llevaba á aquel punto.

Reunidos todos, llegó tambien el señor general D. Miguel Auza, quien aparte y reservadamente me manifestó: que aquella reunion tenia por objeto pedirme que abandonara la plaza; que á él lo habian visto algunos de los generales que se hallaban en la junta, recomendándole que secundara sus proyectos, é influyera para que yo me prestara á la realizacion de ellos, y que en caso de negativa por mi parte, hiciera dimision del empleo militar que tenia en el Cuerpo de ejército de Oriente, pidiendo su baja en él, como estaban resueltos á hacerlo los generales que mandaban divisiones; me manifestó igualmente: que no accedió á esto último, dando por respuesta que no podía por motivo alguno pedir su baja en el mencionado Cuerpo de ejército; y contrayéndose á mi persona me dijo: que sólo cumplía con un encargo, en obsequio de la consideracion que dispensaba á los generales de que se había ocupado, y que sin manifestarme su modo de pensar respecto de la plaza, en nada influía ni me indicaba tampoco cosa alguna con relacion á ella, porque deseaba que hiciera yo lo que creyese más conveniente al honor de nuestras armas.

Habiendo pasado esta conferencia, que como he dicho tuvo lugar entre sólo el señor Auza y el que suscribe, el señor general Mejía me dijo, sin hacer suya proposicion alguna, cuáles eran las pretensiones de algunos de los señores generales que se hallaban presentes, refiriéndome lo mismo que me dijera poco ántes el señor Auza.

En vista de esto tomé la palabra, y con alguna vehemencia manifesté lo inconveniente y deshonesto que juzgaba para la Republica, tomar aquella medida.

Se insistió en persuadirme de lo contrario, tomando para ello la palabra, alternativamente, los señores Berriozábal, Negrete, Antillon, Llave y Díaz, apoyando sus proposiciones en los siguientes argumentos, que expusieron con no ménos vehemencia y calor con que lo hu-

biera hecho yo. Dijeron: que era necesario, para salvar las instituciones democráticas y la independencia de la República, salvar el Cuerpo de ejército de Oriente.

Por la categoría de las personas con quienes hablaba, y muy especialmente por la situacion de la plaza que exigía de mi parte toda la prudencia posible, me presté á aquella conferencia, contestando á los argumentos que se adujeron, con los siguientes: que yo no había recibido más consigna del Supremo Gobierno, que defender á la ciudad de Zaragoza, y en consecuencia el honor de nuestras armas y el del benemérito Cuerpo de ejército que mandaba, que por lo mismo, la obligacion que tenia yo como soldado, y como yo todos los demas, de defender las instituciones é independencia de la República, era obedeciendo las órdenes del gobierno, único que tenia poderes legítimos de la nacion para salvar, en los términos que él creyera por convenientes, aquellos caros principios.

Á esto se me objetó, que la defensa de la plaza ya no podía continuarse, porque nuestro Cuerpo de ejército estaba enteramente desmoralizado, á extremo de que se desbandaría esa noche ó al día siguiente.

Mi respuesta fué: que yo no consideraba que se encontrasen nuestras tropas en el estado de desmoralizacion en que decían los señores generales, porque las veía llenas de entusiasmo, llenas de entereza y vigor; pero que aún en la hipótesis de que las juzgara de otra manera, permanecería siempre en la plaza, porque éste era mi deber, y que en el remotísimo y casi imposible caso de que nuestro Cuerpo de ejército se desbandara, la nacion no vería en ese acto, sino una accion ejecutada y motivada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los había entre los defensores de la plaza, mas no un paso deshonesto dado é iniciado por sus generales. Repetí que yo no había recibido otras instrucciones del gobierno, que las de defender á Puebla de Zaragoza, y que de esa consigna no me separaría ni en lo más pequeño, porque mi separacion importaba tanto como contraerme una inmensa responsabilidad que no aceptaría jamás; porque deseaba, que el gobierno, al darle cuenta á la nacion de haber ó no conservado el depósito que pusiera en sus manos, no pudiera decirle que no había tenido soldados, al par que republica-

nos, obedientes y respetuosos, que lo secundaran. Dije tambien, que éste era mi deber y no llenaría, fueran cuales fueren los tropiezos y dificultades que se me presentaran, y más cuando al llenar ese deber satisfacía los sentimientos de mi corazón, complaciendo al mismo tiempo las exigencias de mi cerebro; porque si yo ejerciera entonces el mando supremo de la nacion, dispondría: que el Cuerpo de ejército de Oriente, en el asedio que sufría la plaza y en el estado á que habían llegado las cosas, se sacrificara de un modo nuevo y honroso, para demostrarle á la Europa y al mundo, que los ciudadanos de que se compone nuestra República, esto es, el pueblo mexicano, tan noble como el pueblo más noble de la tierra, poseía grandes y elevadas virtudes, que injustamente no le habían concedido las otras naciones, ó quizá por lo mal que lo habían representado sus hombres públicos; y dije por último, que más grandes se presentaban los milicianos que mandaba, y más respetable la nacion ante el ejército frances, sacrificándose aquellos en cumplimiento de una consigna y en las áras de un deber sagrado, que abandonando la plaza extemporáneamente, lo que podía atribuirse á una fuga vergonzosa, y más cuando aún no había una razon imperiosísima que justificara aquella medida.

Esto motivó una larga y acalorada discusion, en la que se amplificaron los argumentos referidos, agregando á lo dicho, el general Antillon: que el Cuerpo de ejército no estaba en obligacion de hacer un sacrificio inútil. El general Berriozábal: que por el estado de desmoralizacion en que se encontraba nuestro Cuerpo de ejército, temía y quería evitar que los franceses lo hicieran prisionero y los males que á esto se seguirían, porque puestos los elementos físicos con que contábamos, en manos de Márquez, estaba hecha con esto la destruccion de los pueblos de la República; me ofreció además su firma y las de los otros generales, para que descansando en ellas, pudiera salvar mi responsabilidad ante el gobierno y ante la nacion, porque aseverarían y autorizarían con ellas, segun se expresó, la bondad del acto que me indicaban y pedían que pusiera en práctica. El general Negrete: que si no quería aceptar las indicaciones que se me hacían, me resolviera á dar una batalla campal, para salir de una á otra manera de la plaza. El general Llave, llevando la palabra

por todos los demás: que la marcha natural de los acontecimientos del sitio, aún cuando no se nos tomara la plaza, nos iba conduciendo necesariamente á una capitulacion, y que tanto él como sus compañeros estaban resueltos á no celebrarla.

Se dijo igualmente: que ya no había víveres para nuestras tropas, y que los que se les proporcionaban, sacándolos de casas particulares, eran sumamente insignificantes, é insuficientes no ya para conservar la robustez y brío del soldado, pero ni aún para subvenir á su simple manutencion, y más cuando se hallaba la tropa destruida en su parte física por los trabajos sumamente activos á que estaba dedicada durante el dia y la noche, y por las fatigas incesantes de la lucha. Se dijo tambien por los mismos señores generales: que las indicaciones que me habían hecho, eran para salvar la responsabilidad que tenían ante la nacion.

La contestacion que por último di á lo que queda expuesto, fué la siguiente:

Que el sacrificio del Cuerpo de ejército de Oriente no era inútil, si á él lo conducía la defensa de la plaza, en atencion á que éste era el deber que le impusiera el gobierno y el honor de las armas de la República; que la calificacion de si era ó no inútil aquel acto, estaba sujeta, no á los generales que mandaban divisiones, sino al Gobierno Supremo en primer término, y al general en jefe en segundo, y que ni uno ni otro habían juzgado hasta entonces, inútil el sacrificio honroso de nuestros milicianos, si á ese sacrificio los conducían los azares de la guerra; y además, que los pueblos todos eran muy celosos de su honra, y que por lo mismo México, á quien todos conocíamos, vería con más satisfaccion y orgullo, hecho pedazos á nuestro Cuerpo de ejército por el hambre, la fatiga y las balas, y aún en poder del ejército frances cumpliendo sus deberes, que no abandonando una plaza, cuya defensa se le había encomendado, cuando todavía ella contaba con algunos elementos de vida y con el valor de sus defensores; y que si ese sacrificio, impuesto por los pueblos á sus hombres de armas, era obligatorio al subalterno y al soldado, lo era por doble motivo á las personas á quienes condecoraron con distintivos que no concedieron á todos. Que á nuestro Cuerpo de ejército no lo veía desmoralizado, por más que se me aseverara así y volviera

ra á repetírseme. Que si la marcha de los sucesos de la guerra no nos era propicia, no podíamos evitar que nuestros elementos físicos, que consideraba y había considerado siempre de muy poca valía puesto por término de comparacion el honor de México y de sus armas, cayeran en poder de Márquez, pero sí podíamos evitar que cayeran de un modo que no fuera decoroso; y que los medios que debíamos poner para la consecucion de esto último, debían ser otros, y no aquellos que pudieran calificarse de fuga, medios que me era fácil poner en práctica, cuando contaba con el valor de nuestros milicianos y con el valor y arrojo de los generales á quienes hablaba, que tan bien se habían conducido en los treinta y tantos dias en que la plaza había sostenido hasta entónces tan rudos combates con el ejército frances. Que por lo que tenía relacion á las firmas que se me ofrecían para salvar mi responsabilidad, aunque eran de personas sumamente respetables y de quienes la nacion había recibido importantes servicios, no las admitía, porque no teniendo otro termómetro que mi conciencia para conocer mi responsabilidad, no haría sino lo que ella me dictara, ni recibiría otros preceptos que los que me impusiera la necesidad y el gobierno general. Que la proposicion de dar una batalla campal, no tenía otro objeto que justificar de alguna manera, dándole un buen colorido, la otra proposicion de abandonar la plaza, porque estaba seguro, que aún los mismos generales que proponían esta medida, cuyas luces eran notorias en el arte de la guerra, estaban convencidos de lo inconveniente que sería adoptarla, porque esa batalla campal no había á quien dársela, ni tampoco quien la presentara en contra, pues que el ejército frances, colocado en distintas posiciones perfectamente retrincheradas, en sus paralelas artilladas, bien consolidado en las manzanas que ocupaba en las orillas de la ciudad, y colocado además en la multitud de obras de contravalacion que había puesto á la plaza, en ellas recibiría nuestras columnas, sin presentar esa batalla campal á que se aludía, apoderándose de la misma plaza en el acto que la abandonáramos para dar aquella, porque se hallaba á doce ó catorce varas de nuestros muros; así es que proponerse poner en planta el proyecto referido, era proponerse perder y entregar la plaza al enemigo con la conciencia de no conseguir el objeto que aparentemente se deseaba;

que lo que se hacia, y nosotros debíamos hacer, en casos de esta naturaleza, era arrollar al enemigo por uno ó dos puntos, para romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado, pero que esto estaba resuelto á hacerlo, cuando hubiera consumido de una manera absoluta todos los víveres y municiones con que contaba la plaza, esto es, cuando ya ningun poder humano pudiera salvarla, dejando así satisfecho, ante la historia y la conciencia pública, el noble orgullo del pueblo mexicano. Dije por último: que yo no podía evitar que los acontecimientos del sitio siguieran su curso ordinario y natural, ni obligar al ejército frances á que dejara de hacer aquello que en un sitio marcan el arte y la ciencia, y que no podía tampoco evitar que fueran consumiéndose de dia en dia los elementos de guerra con que contábamos; y por lo que respectaba á lo que se decía, de que los señores generales estaban resueltos á no celebrar una capitulacion, pensábamos de absoluta conformidad, y que de mis labios nunca había salido ni saldría una frase que indicara una capitulacion de parte del Cuerpo de ejército de Oriente, y que jamas admitiría ésta ni la propondría tampoco.

Agregué á todo lo expuesto: que si era una verdad que nuestra tropa, al mando de sus dignos generales, había sufrido y estaba sufriendo mucho por el hambre, la fatiga de la lucha y lo incesante de los trabajos; que si era tambien verdad que los víveres eran ya bien pocos y que me los estaba proporcionando de las casas particulares, no era ménos verdad que los pueblos que en defensa de su honor, habían conquistado una página brillante en la historia, habían tenido que someterse á estos lances terribles, pasando por las más rudas pruebas de la guerra, y que al Cuerpo de ejército de Oriente lo juzgaba capaz de hacer lo que hubieran hecho é hicieron los soldados más patriotas de la tierra. Por lo que respecta á la responsabilidad que me decían tener ante la nacion, les manifesté igualmente: que no tenían otra que darme su opinion cuando se las pidiera, pelear como lo estaban haciendo, y obedecer las órdenes del cuartel general, porque dar cualquiera otro paso era precisamente contraerse una responsabilidad, era faltar á los preceptos de subordinacion que tenían como soldados, era presentarle dificultades á cada momento y con perjuicio de la nacion al general en jefe, y era hacer cesar has-

ta cierto punto, la que éste tenía ante el gobierno y la del gobierno ante la nación: que yo estaba también convencido de que la plaza se perdería más tarde ó más temprano, atendiendo al estado de aislamiento en que se hallaba, y á los víveres y municiones que tenía en sus almacenes; pero que también lo estaba de que su pérdida no sería sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un montón de escombros, ó dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle á los franceses cuando llegara este caso: "*La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la pudiste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar.*"

Aunque entendí que mis palabras habían hecho bastante mella en el corazón patriota de los hombres á quienes las dirigía, tal vez por un principio de amor propio, se insistió todavía, aunque de una manera muy débil, en sostener las proposiciones que habían motivado la discusión, y por lo mismo y para concluir, dije de una manera terminante y con el carácter de un precepto: que el Cuerpo de ejército de Oriente no saldría de la plaza, fueran cuales fueren las exigencias que yo tuviera al frente, á menos de que una orden expresa del gobierno no me lo previniera así, y de un modo terminante; ó que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y en las casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviera necesidad de romper el sitio; y que si los señores generales tenían la conciencia de la bondad suprema de lo que me proponían y de los bienes que esto debía traer á la nación, aceptarían sobre sí toda la responsabilidad, levantando una acta en que me desconocieran como general en jefe, en cuyo caso quedaría el mando en manos del señor general Mendoza, mi segundo como Cuartel-Maestre, ó en las del general que se creyera por conveniente.

Esta última medida propuesta por mí, como único medio que podía conducir á los generales citados á realizar los proyectos que me habían indicado, fué desechada honrosamente, y en primer lugar por el general Berriozábal.

El general Mendoza manifestó respecto de ella: que él no tomaría el mando del Cuerpo de ejército de Oriente aunque se lo dieran

todos sus generales, y aunque para ello se levantara cien actas, pues como soldado, quería que cada uno llenara su deber en el puesto que lo había colocado la nación, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes.

El general Llave sólo me dijo, como para descargarse de un compromiso que tenía, pero no en términos que indicara el pedido de una resolución tomada y acerca de la que se insistiera para llevarla á cabo de todos modos: "yo y mis compañeros teníamos la resolución de hacer ante el señor general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el Cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones."

Como esto ya no importaba una petición, sino una noticia que se me daba, nada resolví respecto de su contenido, y la junta se disolvió después de haber recomendado y encarecido yo á los generales en nombre de la patria, la necesidad que había de que todos trabajáramos unísonos y de conformidad, para realizar el programa que les había hecho presente, y que era el medio por el que salvaríamos el honor de nuestras armas, y más cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa pesaba única y exclusivamente sobre mí.

El general Auza no tomó parte en el debate, ni volví á hablar con él relativamente al punto que se había cuestionado.

Los generales Mendoza y Paz, que tampoco habían tomado parte en aquel, me manifestaron después confidencialmente, pero con un carácter oficial: que pensaban de la misma manera que yo, y que mi plan lo aprobaban en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto sólo tenían que obedecer, sino como ciudadanos, porque creían que de la realización de él, pendía la salvación del honor nacional.

Lo mismo y en los mismos términos se expresó el general Mejía, agregando todos: que si esta manifestación no me la habían hecho en presencia de la junta, era porque no querían con su disentiendo agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razón ejerciera su imperio.

Inmediatamente puse en conocimiento del Supremo Gobierno, las nuevas pretensiones de los generales que he citado, así como mi respuesta y la determinación que estaba resuelto á llevar á cabo. La